

UNA FIESTA DE LA REALEZA UNIVERSITARIA, 1984 TRAGICOMEDIA EN DOS ACTOS

Juan Manuel Cardona Rodríguez¹

Me disponía yo, tranquilamente a redactar mi crónica del año de 1984, acerca de aquella fiesta de bienvenida para los nuevos alumnos que nos ofreció Enrique Pasillas, entonces presidente de la Federación de Estudiantes de la UAA, cuando vi las fotos que Angélica Salceda subió y olvidé por un momento lo de tirar tecladazos y recordé que yo tengo un baúl donde he ido guardando diversas cosas de mi vida, algo así como una cápsula del tiempo. Allí me encontré un caramelo “Ko-ri”, estaba más duro que una piedra de granito, me decidí y comencé a chuparlo, parecía que estaba lamiendo la pared. Después de algo así como cuarenta y cinco minutos, esa piedra comenzó a rendirse

1 Ex-empleado universitario en el Departamento de Promociones Culturales, egresado de la segunda generación de la carrera de Comunicación en Medios Masivos. Productor de programas de fomento a la lectura y escritura en Radio Universidad.

ante mi terquedad. No sé qué pasó, yo creo que lo viejo del azúcar me provocó un “pasón” y esto fue lo que resultó de mi escritura.

Acto I: “El poro abierto”.

ESCENA I

Castillo medieval. Jardín. Noche.

NARRADOR: La diáfana luz de la Luna deja ver todo el esplendor de los amplios jardines del castillo feudal del Conde de “La Pona” y Archiduque de La Alameda, don Enrique Pasillas, quien en su infinita bonhomía ha ordenado una fiesta de bienvenida para todos los infantes y damas que han sido recibidos como alumnos en la Real y Pontificia Universidad de la Villa de la Asunción de las Aguas Calientes. La fiesta en todo su esplendor: la música se escucha a varias leguas a la redonda. En cada grupo humano la charla se confunde y los temas son variados. En un rincón se aprecia a un grupo de plebeyos, que por misteriosos azares del destino se han colado a estos nobles círculos. Lady Angélica se encuentra acompañada de otras doncellas y caballeros a quienes no se alcanza a distinguir por la distancia y penumbra. Los plebeyos saludan y se incorporan al grupo. Acerquémonos a escucharlos:

CABALLERO GALÁN RENÉ Y CONDE DE LOS MAGAÑA:

– Os juro y a fe mía, Lady Angélica, que tu belleza no es superada ni por la diosa Venus.

LADY ANGÉLICA, CONDESA DE LOS SALCEDA:

– Caballero Galán, os pido por lo que más amáis que ya no sigáis. Además, su fama de Don Juan es conocida desde aquí hasta la Villa de Tepezalá.

CABALLERO RICARDO DE CAMELOT Y MEDINA:

— ¡Miren!, y hablando de caballeros galantes, ¿no es acaso aquel que se acerca de manera precipitada, don César, Marqués de los Lozano?

LADY ANGÉLICA:

— Sí que lo es.

CABALLERO CÉSAR:

—¡Por la gracia de la Virgen sobreviviente y a fe mía, que su belleza aumenta cada día, Lady Angélica!

LADY ANGÉLICA:

—¡Ay, Caballero don César, por favor no sigáis o si no me abochornáis! Pero, ¿qué le pasa?, ¿por qué venís tan agitado? Y su cuerpo cubierto en sudor... Acaso, como mal estoy pensando, ¿estábais donde acostumbráis?

CABALLERO CÉSAR:

— Lady Angélica, no siga con esos pensamientos impuros indignos de tan inmaculada belleza. Vengo así porque me estoy entrenando arduamente para participar en el torneo de caballeros, en una suerte que las generaciones posteriores conocerán como fútbol americano. Si me ven cubierto de sudor es porque traigo los poros abiertos, producto del mismo ejercicio.

CABALLERO RICARDO DE CAMELOT:

— A fe mía, Caballero César, y por el desagradable y apesotado olor que desprendes de tu cuerpo y sin que os ofendáis os juro que ¡ya sé cuál poro es el que trae usted abierto!

NARRADOR: Las carcajadas nobles y plebeyas no se hicieron esperar.



Fotografía propiedad de Juan Manuel Cardona Rodríguez.